

Confesiones de Xavier Abril a Concha Meléndez

Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Universidad de Puerto Rico
altardavid@hotmail.com

El Seminario Federico de Onís del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en el recinto de Río Piedras custodiaba el epistolario de la doctora Concha Meléndez (1895-1983), conocida internacionalmente por sus estudios *Amado Nervo* (Nueva York, Instituto de las Españas, 1926), *La novela indianista en Hispanoamérica* (1934), y “Pablo Neruda en su extremo imperio” (*Revista Hispánica Moderna*, 1936), entre otros. Entre sus cartas, se encuentra la correspondencia escrita por el poeta peruano Xavier Abril (Lima, 1905-Montevideo, 1990), perteneciente a la Generación del 30, también conocido internacionalmente como uno de los más importantes estudiosos de la obra del gran poeta peruano César Vallejo (Santiago de Chuco, 1892-París, 1938). Son cartas de un valor documental amplio y variado, escritas entre 1937 y 1939, específicamente después de la temporada del poeta en París (1926-1936), pasando por el tiempo de angustia existencial que implicó para él —amigo del autor de *Trilce*— la muerte de Vallejo en 1938 y el ambiente desolado del Perú de su momento.

La amistad de Concha Meléndez y Xavier Abril se remonta a los años en que la primera mujer en obtener un doctorado en literatura de la Universidad Autónoma Nacional de México (en 1932) viaja a Perú para conocer ese país de cerca y poder juzgar su literatura más profundamente. Producto de esos viajes fue su libro de 1941, titulado *Entrada en el Perú*. En sus páginas iniciales, Meléndez destaca el calor con el cual fue recibida por los peruanos:

He escrito estas páginas, más para conservar mis recuerdos que para compartir mis experiencias. Perdónese me el egoísmo implícito en esta confesión, porque él lleva el contrapeso de mi gratitud hacia todos los peruanos que tuvieron para mí un gesto cordial. A través de ellos Perú me

dio con gentil voluntad, su entrada: es decir, su amistad y benevolencia.¹

Entre esos benévolos amigos se cuenta Xavier Abril. El aprecio hacia la estudiosa se deriva —es obvio decirlo— de su afán por conocer y divulgar la literatura hispanoamericana, incluyendo la poesía de Vallejo y Abril. Ya la precedían sus estudios sobre Amado Nervo y Pablo Neruda. El análisis sobre este último tuvo una gran resonancia en Hispanoamérica al ser publicado por Federico de Onís en la *Revista Hispánica Moderna* en 1936. En la carta del 19 de septiembre de 1937, Abril describe a Concha Meléndez a partir de la impresión que causó ese ensayo en la intelectualidad de ese país: “Mi distinguida y recordada amiga: es grande el vacío que Ud. ha dejado en estas tierras. Nos falta su palabra inteligente, su juicio tan agudo y cabal, todo ese sentido crítico que nos ha revelado su ensayo sobre la Poesía de Pablo Neruda”.² Es el momento de la publicación del libro *Descubrimiento del Alba*, que el poeta envía a la estudiosa y pretende divulgar por todo el continente. No obstante este entusiasmo, existe en la carta una amarga verdad relacionada con el poco interés del público por la poesía:

En el Perú nadie se interesa por la Poesía. Mi libro ha caído en el mayor de los vacíos. No ha merecido un solo comentario de los críticos. El único artículo se debe a la pluma de un escritor obrero que demuestra mayor inquietud por la Poesía que los “espirituales” catedráticos de San Marcos. Esta es la verdad de la realidad literaria que vivimos: la más pobre de América la ofrece el Perú.

En la carta del 29 de octubre de 1937, se observa un anhelo en Abril por salir del ambiente peruano, que considera aislado y hostil debido al silencio de la crítica y la renuencia a la poesía. Desea salir hacia París vía Nueva York: “En la actualidad hago publicidad con vistas a liberarme del ambiente muy pronto. Ya sabe Ud. que deseo marcharme a París pasando por New York. Vamos a ver si tengo suerte. Mi mujer marchará antes, este próximo 13 de Diciembre”.

¹ Concha Meléndez, *Entrada en el Perú*, La Habana, La Verónica, 1941; p. 10.

² Todas las cartas que citamos se encuentran en los archivos del Seminario Federico de Onís, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

En la carta del 19 de septiembre de 1937, anuncia Abril el envío de los originales de su libro titulado *Declaración en Nuestros Días* al escritor ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, quien dirigía en París la colección *Cuadernos del Hombre Nuevo*. Aprovecha para comentar el proceso de escritura de su poema “Elegía a la ciudad heroica”, al cual ha realizado algunos cambios formales. Informa sobre la redacción del poema titulado “Elegía a Patética Olvido”. De él afirma lo siguiente: “[...] en la actualidad estoy metido de cabeza en un nuevo Poema que formará un libro: *Elegía a Patética Olvido*. Hasta la fecha me parece lo más profundo y trágico que he escrito. En este Poema me estoy dando gota a gota: me quedaré en los huesos”.

La primera carta de Abril a Meléndez, enviada desde Lima, fue escrita el 29 de octubre de 1937. En ella, señala el paso de Pablo Neruda por Lima en compañía del poeta argentino Rafael González Tuñón (1905-1974) y Delia del Carril: “Sé que pasó por Lima Pablo Neruda en compañía de González Tuñón y Delia del Carril. Venían muy optimistas de España. Siento haberme enterado tarde. Parece ser que un grupito ‘Kodak’ los acaparó. Lo siento aún más por ellos. Cosas de esta tierra colonial. Usted la conoce”. Además de este detalle sobre la visita de Neruda a Lima, Abril aprovecha su carta para exponer algunas confesiones sobre su propia obra. Ha estado trabajando en su obra “Patética Olvido”. Por otro lado, Abril está muy a gusto con la obra hermenéutica de Meléndez y ansioso de leer el trabajo que ella ha estado realizando sobre su poesía.

En la carta del 29 de octubre, además del anhelo por escuchar sobre Meléndez y no sentirse olvidado, se observa la afinidad de Abril por dos escritores puertorriqueños del momento: Tomás Blanco y Emilio R. Delgado: “Escríbame largo, no me olvide. Salude a Tomás Blanco. Cuénteme algo de Emilio Delgado. Póngame en contacto con gente del norte. [...] Los amigos del Perú la recuerdan siempre”.

En la carta del 28 de septiembre de 1937, Abril expresa su satisfacción por ser el primer escritor peruano en recibir críticas de Meléndez y por la conferencia que presentó la crítica, titulada “Albas de Xavier Abril”. Anhela, pues, el poeta conocer Puerto Rico, y pide ayuda a Meléndez, sobre todo para presentar conferencias y recitales. Vuelve a saludar a Tomás Blanco y a Emilio Delgado, de quien no sabe nada desde que Abril salió de Madrid el invierno pasado.

Ya en 1938, en papel de la editorial Ediciones Front de Lima, escribe a maquinilla una carta del 29 de enero, en la cual se queja de la gente perua-

na y del cúmulo de profesores mediocres que invade las aulas de Estados Unidos y Puerto Rico, excluyendo a Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás y Samuel Gili y Gaya. Entre los criticados se encuentra Luis Alberto Sánchez:

El propio Sánchez (Luis Alberto) es otro caso de desvergüenza y falta de honradez intelectual. Raúl Silva Castro, crítico chileno, lo acaba de hacer polvo, revelando sus fallas desde la base de adobe de su argumentación histórica y literaria. No hablemos del estilo que, por definición clásica, es el Hombre... La prosa de Sánchez es la de un mediocre abogadillo mestizo entregado a la defensa de las malas causas. En este aspecto, tiene un largo historial: sus relaciones con el Dr. Escalante, terrateniente del ande, explotador de indios y de pongos.

Aprovecha para destacar el interés de la traductora estadounidense Edna Worthley Underwood, quien había publicado un largo artículo en *The Indian Review* de Kingston (Jamaica) en 1937. Esta estudiosa tradujo el poema de Abril dedicado a Federico García Lorca, titulado “Asesinado en el alba”. De ese poema afirma Abril: “Creo que es uno de mis poemas más felices”. Ofrece los datos a Meléndez, ya que esta se encuentra preparando su ensayo sobre *Descubrimiento del alba*. Se refiere al estudio titulado “Albas de Xavier Abril”, publicado en la *Revista Hispánica Moderna* y, luego, será parte del libro titulado *Literatura hispanoamericana*.

En esa misma carta del 28 de enero de 1938, Abril documenta que se encuentra trabajando en un *Anuario del Perú*: “Cosa estrictamente comercial y turística, sin complicidades literarias de ninguna especie”, el cual podría ayudarle a trasladarse con su esposa Alicia a Europa. Por otro lado, se expresa sobre Meléndez del siguiente modo:

Siempre la recordaremos con cariño. Ud., ha dejado aquí un ejemplo que espero sea fructífero en las nuevas generaciones literarias: me refiero a su gran estilo crítico —idioma e ideas estéticas y filosóficas— expuesto con una gran honradez intelectual informada por la compenetración amorosa que es su principal tendencia. Ud., trabaja y produce en

clima de amor. Su naturaleza es griega y su temperamento español, dada la pasión de su alma y la sobriedad y alta dignidad de su prosa. Su trabajo sobre Neruda es de una arquitectura perfecta. Me recuerda el celeste vuelo de San Juan de la Cruz en su comentario del *Cántico Espiritual*. De hoy en adelante la Poesía de Pablo Neruda es obra inseparable de la suya. En ambos la creación es amorosa, sinfónica, eterna.

El valor que Abril otorga al criterio de Meléndez se puede observar, además, en la carta del 4 de mayo de 1938, cuando solicita la opinión de la estudiosa en relación con la traducción del poema dedicado a García Lorca: “Deme su opinión sobre la importancia o valor de dicha publicación de Kingston. Tengo vivo interés en que revise la traducción contrastándola con su criterio literario que tanto estimo y admiro”.

Esa carta del 4 de mayo tiene gran importancia, pues en ella Abril se expresa en relación con la muerte de César Vallejo y hace una valoración del gran poeta peruano, a quien coloca después de Rubén Darío:

La hago a Ud., enterada de la muerte de César Vallejo. Ha sido el golpe más duro que he sufrido en estos últimos años. Todavía no estoy rehecho de este pesar profundo. ¡Qué desgracia, Conchita, para la vida del espíritu! Era mi mejor amigo y el más grande artista del Perú. No creo que su caso vital y creador tenga paralelo en las letras americanas. Era único: ejemplarmente humano. Después de Darío, ninguna voz fue más generosa ni universal.

En esa misma carta, Abril agradece a Meléndez la entrega del ensayo “Albas de Xavier Abril”, a Federico de Onís para la *Revista Hispánica Moderna*, noticia que recibió mediante conversación con otro de los críticos que valoraban la obra de Meléndez, Estuardo Núñez. Sobre su propia poesía, Abril afirma lo siguiente:

Estuardo Núñez me ha dicho que recibió carta suya con la noticia —para mí gratísima— de que había entregado a la revista de Federico de Onís el ensayo sobre mis poemas,

no quiero decir poesía por un pudor de hombre que se sabe en proceso, en evolución, en marcha, como diría Joyce. No sabe Ud., cuánto le agradezco esta generosidad que estimo elevada por sobre el valor de lo que yo haya podido aportar al mundo de la poesía. Yo sé que todavía no he realizado la obra que me propongo y que considero como meta de mis ideales estéticos y humanos. Esto se lo digo con la misma sinceridad que si se tratara, en mi orden interno y moral, de un monólogo de rigurosa autocrítica.

En la carta del 2 de diciembre de 1938, Abril se expresa en relación con la importancia de Europa para él y, sobre todo, de España, la España atormentada de esos tiempos: “No existe otro panorama en el mundo que pueda reemplazarme —material y espiritualmente— el de la tierra mártir de España, que ningún fascismo podrá matar”. Para Abril, hay esperanzas puestas en el pueblo, en los obreros y trabajadores, y, siguiendo a Vallejo, entiende que “La vida no se deja estafar”. De Vallejo resalta su forma de pensar en contra del pensamiento de José Ortega y Gasset, específicamente de la idea de la “deshumanización del arte”: “Él estuvo siempre en contra de esa absurda teoría de la deshumanización del arte que tantos estragos ha producido entre la gente de América, desprovista del sentido de la autocrítica”.

Sobre el ensayo de Meléndez, Abril se expresa con sinceridad y admiración. Diríase que, extasiado, pasa revista a los juicios de la estudiosa, como sobre su propia poesía. En su juicio, hay un análisis de su proyecto poético y político frente al problema del indio en el Perú, pero, además, del ser humano bajo el imperialismo mundial. El fragmento de la carta es un manifiesto de su proyecto literario comprometido con la reivindicación humana:

El capítulo o alba, como Ud. dice, dedicado a *Difícil trabajo*, me ha gustado mucho. Es justo, en cuanto se refiere a que es la llave, la pauta de mi poesía. *Difícil trabajo* representa la etapa más intensa de mi angustia, de mi búsqueda. Soy yo y mi camino, mi luz y mi sombra. Descubrimiento del alba, que ha sido tan magistralmente analizado por su inteligencia crítica, significa la ascensión, el amor por la

claridad de un mundo mejor de amanecida y sentimiento, tan del cuerpo como del espíritu. En esta Alba, la síntesis de todos mis desvelos, espantos y terrores de ayer, cifro el logro de las futuras, inclusive aquella que se relaciona con la materia del paisaje de mi país, esa Alba peruana y americana, que usted quiere triunfadora y universal. El alba no puede ser sino cósmica, no tanto dentro del rigor del tiempo, cuanto dentro del orden del corazón. Estoy satisfecho de su generoso trabajo que no me hará holgar de vanidad, sino todo lo contrario, influirá en el sentido de animarme a progresar y perseverar en el mundo de la poesía, pasión de mi alma. Trataré de ser digno de su juicio renovando los motivos de mi descubrimiento creador.

El alba novena es estética y socialmente la unidad de las albas de mi vida, es el contacto de mi persona con el mundo, el duelo, si Ud. quiere, de un ser que comprende el mundo en que vive. La Poesía social es una meta que todavía no corresponde a la comprensión de una sociedad decadente. Entonces la literatura no es un juego, un pasatiempo. La primera tragedia social que yo comprendí fue la de mi país; la capté en el viaje que hice a las sierras y montañas —selvas— del Perú. Pero no era suficiente la impresión sentimental, el desgarramiento que produjo en mi dignidad aquel cuadro perverso de la servidumbre del indio. Tuve que interpretar y analizar el problema hasta dejarlo desnudo en su causa original. Luego, más tarde, en mis viajes y experiencias por Europa, comprobé que el problema era mundial y que las víctimas del Imperialismo tienen un ideal común, idéntico, solidario. Sin una radical transformación del sistema capitalista, no habrá solución para la crisis que vivimos. Este pensamiento le aclarará mi punto de vista respecto a los angustiosos problemas de mi patria, tanto en lo social como en lo literario. Mi evolución ideológica me sitúa en un terreno internacional y, de acuerdo con este postulado de sensibilidad, siento el Alba eterna y universal. Mi ausencia del Perú ha influido, sin duda, en

cierto tono de extranjerismo que se advierte en mi estética poética, en el lenguaje y en el alejamiento de los términos locales o americanos. Respecto a la literatura americanista debo hacer una aclaración; sé distinguir la tendencia demagógica de un grupo perteneciente a la clase dominante que falsea la realidad, de esa otra tendencia nueva que expresa y comprende el drama auténtico de América. Mariátegui ha sido el verdadero animador de este Renacimiento que cuenta ya con grandes pintores, ensayistas, músicos, novelistas y poetas. El espíritu precede siempre en América a los acontecimientos sociales y políticos, a la inversa de lo que ocurre en Europa. Mi mayor ambición coincide totalmente con las últimas palabras de su ensayo. El día que haya sabido interpretar esa “herencia dura, heroica, dolorosa, que el Perú ofrece a sus hijos”, pisaré firme en la tierra del arte. Hace unos meses que estoy viviendo esta inquietud que ahora Ud. me renueva en términos de sagacidad incomparables. En la divisa de mi estética en evolución irán estas palabras: “la rosa popular es la rosa más pura”. Puede estar segura, Conchita, de que no me apartaré del Alba de mi destino.

La última carta del epistolario entre Xavier Abril y Concha Meléndez dedica su primer párrafo a la felicitación del primero por la recepción de la Medalla Eugenio María de Hostos que recibió en Puerto Rico la segunda en 1939. Aprovecha Abril para exaltar la sensibilidad de Meléndez para el estudio de mentalidades como Hostos, Martí y Mariátegui: “Hoy más que nunca el mundo necesita de seres sensibles que sepan interpretar el pensamiento y la emoción de aquellas almas ejemplares que, como la de Hostos, figuran en lo más alto de la especie humana”. Al afirmar esta verdad sobre el pensamiento elevado de Hostos, aprovecha para recordar la muerte de Vallejo y afirmar lo siguiente: “Él era otro de los grandes espíritus de nuestra época: el verbo de la verdad dolorosa de todos los tiempos”.

Otro de los aspectos importantes de esa última carta es la cercana publicación de la *Antología poética* de César Vallejo, que incluiría selección de *Los heraldos negros*, *Trilce*, *Poemas humanos*, *España, aparta de mí este cáliz* y *Poemas en prosa*. A esa selección la acompañarían varios en-

sayos sobre Vallejo, debidos a las plumas de José Mariátegui, José Bergamín, Juan Larrea y el prólogo de Abril. Solicita a Concha Meléndez para esa antología el ensayo de ella sobre la obra de Vallejo:

Creo haberle manifestado mi deseo de publicar en la *Antología* el trabajo suyo sobre Vallejo. ¿Me lo podría mandar a vuelta de correo? La *Antología* entrará en prensa dentro de 15 días, aproximadamente. Estoy seguro que la poesía de Vallejo llamará la atención en América, donde no es suficientemente conocida, dada la poca circulación de sus obras.

Termina esta carta con el anhelo de Abril en relación con una antología de su poesía trabajada y publicada desde Nueva York bajo el cuidado de Concha Meléndez y Federico de Onís:

¿Usted cree que Federico de Onís se interesaría en publicar una antología de mi obra poética que abarca desde 1923 hasta 1938? La tengo ordenada, terminada en forma de libro, en el formato de *Descubrimiento del Alba*. Espero sus noticias sobre este asunto. No sabe cuánto me agradecería una edición hecha en Nueva York, bajo la dirección de Ud. y de Onís.

Cierra la misiva con la preocupación nuevamente por los amigos Tomás Blanco y Emilio Delgado, del cual no tiene noticias desde su salida de Madrid.

Estas cartas de Xavier Abril a Concha Meléndez muestran a las claras el valor de ese epistolario que custodia nuestro Seminario Federico de Onís. A las confidencias del poeta se unen Alfonso Reyes, Carlos Sabat Ercasty y un considerable etcétera en sus casi mil cartas, muchas de ellas todavía inéditas y que esperan aún —en su virginidad— la mirada del estu-
dioso paciente y dedicado.